

Cuatro *Pequeños poemas en prosa* de Charles Baudelaire,
traducidos por Julián del Casal*

El Puerto

Un puerto es un asilo encantador para un alma fatigada de las luchas de la vida. La amplitud del cielo, la arquitectura móvil de las nubes, las coloraciones cambiantes de la mar y el relampagueo de los faros, son un prisma maravillosamente propio para divertir los ojos sin cansarlos jamás. Las formas salientes de los navíos, de aparejos complicados, a los cuales la marea imprime oscilaciones armoniosas, sirven para mantener en el alma el gusto del ritmo y la belleza. Y después, sobre todo, hay una especie de placer misterioso y aristocrático para el que no siente ya ni curiosidad ni ambición, en contemplar, acostado en una azotea o de codos en el muelle, todos esos movimientos de los que parten y de los que vuelven, de los que tienen todavía la fuerza de querer, el deseo de viajar o enriquecerse.

La Discusión, 8 de mayo de 1890.

* Transcripción de Lourdes Beatriz Arencibia Rodríguez.

Los beneficios de la luna

La luna, que es el mismo capricho, miró por la ventana mientras dormías en tu cuna, y se dijo: «Esta niña me gusta». Y descendió suavemente por su escalera de nubes y pasó, sin hacer ruido, a través de los vidrios. Después se tendió encima de ti con la dulce ternura de una madre y depuso sus colores en tu faz. Tus pupilas han permanecido verdes y tus mejillas extraordinariamente pálidas. De tanto contemplar a esa visitadora tus ojos se han ensanchado extrañamente; y ella te ha apretado tan tiernamente la garganta que, desde entonces, has conservado siempre el deseo de llorar. Sin embargo, en la expansión de su alegría, la luna llenaba todo el cuarto como una atmósfera fosfórica, como un veneno luminoso; y toda su luz viviente, pensaba y decía: «Tu sufrirás eternamente la influencia de mi beso. Serás bella a mi manera. Te gustará lo que me gusta y a quien le gusta: el agua, las nubes, el silencio y la noche; la mar inmensa y verde; el agua informe y multiforme; el lugar en que no estés; el amante que no conozcas; las flores monstruosas; los perfumes que hacen delirar; los gatos que se desmayan sobre los pianos y gimen y comen como las mujeres, con voz ronca y dulce. Y tú serás amada por mis amantes, cortejada por mis cortesanos. Serás la reina de los hombres de ojos verdes, cuya garganta he apretado también con mis caricias nocturnas; de los que aman la mar, la mar inmensa, tumultuosa y verde, el agua informe y multiforme, el lugar en que no están, la mujer que no conocen, las flores siniestras que parecen incensarios de una religión desconocida, los perfumes que perturban la voluntad y los animales salvajes y voluptuosos que son los emblemas de la locura».

Y, por eso, maldita y querida niña mimada, estoy ahora acostado a tus pies, buscando en toda tu persona el reflejo de la temible Divinidad, de la fatídica madrina, de la nodriza, envenenadora de todos los lunáticos.

La Discusión, 29 de abril de 1890.

El extranjero

–¿A quién amas más, hombre enigmático, di, a tu padre, a tu madre, a tu hermana o a tu hermano?

–No tengo ni padre, ni madre, ni hermana, ni hermano.

–¿A tus amigos? –Usa usted una palabra cuyo sentido desconocía hasta hoy.

–¿A tu patria?

–Ignoro bajo qué latitud está situada.

–¿A la belleza?

–La amaría con gusto, si fuera diosa e inmortal.

–¿Al oro?

–Lo odio tanto como usted odia a Dios.

–¿Y a quién amas, pues, extraordinario extranjero?

–Amo las nubes... las nubes que pasan... por allá abajo... las maravillosas nubes.

La Discusión, 2 de mayo de 1890.

A la una de la madrugada

¡Al fin, solo! No se oye más que el rodar de los coches detenidos y derrengados. Durante algunas horas, poseeremos el silencio, si no el reposo. Al fin la tiranía de la faz humana ha desaparecido y no sufriré más que por mí mismo. Al fin me será permitido sumergirme en un baño de tinieblas. Demos primero una vuelta doble a la cerradura. Me parece que la segunda aumentará mi soledad y fortificará las barricadas que me separan actualmente del mundo.

¡Horrible vida! ¡Horrible ciudad! Recapitulemos lo hecho en un día; haber visto muchos literatos, uno de los cuales me ha preguntado si se podía ir a Rusia por tierra (tomaba sin duda a la Rusia por una isla); haber disputado generosamente contra el director de una revista, quien, a cada objeción, respondía: -Éste es el periódico de las gentes honradas, lo cual indica que los otros diarios están redactados por canallas; haber saludado veinte personas, de las cuales quince, me son desconocidas; haber distribuido apretones de manos en la misma proporción y sin haber tomado la precaución de comprar guantes; haber subido, por matar el tiempo, durante una llovizna, a casa de una bailarina que me pidió un modelo de traje de Venustria; haber hecho la corte a un director de teatro, quien me decía echándome a la calle: -Haríais bien en dirigiros a Z...; es el más pesado, el más tonto y el más célebre de todos mis autores; con él podríais obtener alguna cosa. Habladle y luego nos veremos; haberme vanagloriado (¿por qué?) de muchos actos sucios que no he cometido jamás y haber negado cobardemente algunas fechorías que he cometido con alegría, delito de fanfarronería y crimen de respeto humano; haber negado a un amigo un favor fácil y haber dado una carta de recomendación a un perfecto pillo: ¡Puf! ¿he acabado ya?

Descontento de todos y de mí mismo, quisiera rescatarme y enorgullecerme un poco en el silencio y la oscuridad de la noche. Almas de los que he amado, almas de los que he cantado; fortificadme, sostenedme, apartad de mí la mentira y los miasmas corruptores del mundo; y vos, Señor, Dios mío, concédeme la gracia de producir algunos buenos versos que me prueben a mí mismo, que no soy el último de los hombres, que no soy inferior a los que desprecio.

La Discusión, 2 de mayo de 1890.